



La perdigonada del cazador

PUES a mí, la verdad, monseñor Guerra Campos me parece un santo varón. Yo le veo como un tierno rebrote de aquellos turbulentos prelados del medioevo con coraza de acero bajo la muceta, con yelmo a guisa de solideo que echaban por delante las patas del caballo de nuestro señor Santiago contra los moros y que después de realizar una escabechina de infieles en la paramera se desayunaban una liebre braseada con fuego de encina de un claro del bosque, piafando el alazán, con gran alboroto de mastines, con gran regocijo de servidores. Lo que pasa es que monseñor Guerra Campos es algo más flojo de cuello y se le ha descompasado el tiempo y el solar. Aunque en esto también hay sus dudas.

La santidad en los obispos es como el valor en los soldados: es una virtud que se les supone. Yo creo que monseñor Guerra Campos es un santo varón al que se le ha metido en la morra el fervoroso deseo de salvarnos, de llevarnos al cielo a través de la Ley Orgánica del Estado. Y como este dogma corporativista tiene muchos herejes, cuando a monseñor le acomete el celo, descarga desde el Sinaí

forestal de la serranía de Cuenca una pastoral asilvestrada de modo que la osamenta del Cid se agita de gozo en la tumba. Guerra Campos es un monseñor barroco y totalitario. Es cierto que la Iglesia últimamente ha acomodado su liturgia a una especie de diseño made in Milano y ha estilizado el dogma y la moral a la manera anglosajona y, claro está, un coreógrafo tan visual e imaginativo como monseñor se ha quedado de pronto sin llamas en el infierno, sin mazapán en el cielo, sin anatemas ni excomuniones con las que obsequiar a la parroquia y quiere echar mano del brazo temporal (hoy Ministerio de la Gobernación) para purgar a los pecadores. Pero en verdad en verdad os digo que monseñor Guerra Campos lo hace con la mejor intención. Si todos los españoles fueran de derechas y acudieran a la sabatina, comulgaran por pascua florida y se manifestaran en la Plaza de Oriente al ser requeridos por conducto reglamentario, monseñor Guerra en dulce además sonriente bendeciría nuestros cogotes humillados. Y listos. Todos al cielo por el tercio familiar a formar quorum con los serafines. ■ V.

ma, reflexione su Ilustrísima, que mi Caperuza y yo somos papistas y no luteranas, y nos da el palpito que su Ilustrísima, ¡ay, Jesús, qué hipótesis!, es un papa Luna en su Ciudad Encantada y que dice lo de «Cuenca locuta, causa finita». Que no me sea su Ilustrísima Savonarola ni nos flagele la carne macabea, que mi Caperuza y yo somos honradas sefarditas. ¿Va su Ilustrísima a excomulgar a los pajaritos del bosque, a los ternuecos de las marismas, a los cervatillos del valle y a los leoncitos de las sabanas porque amen la libertad? Pues nosotras somos animalias racionales y queremos tener junto a la libertad de conciencia la conciencia de la liber-

tad. No se altere ni acongoje, Ilustrísima, que el cielo no sabe de situaciones, y si su Ilustrísima fue de la situación y tiene esa querenia, otras situaciones hay también que tienen su aquel, que allá van leyes do quieren reyes, y acaba lo que acaba, y así bien acabado está. Devotas tuyas somos estas dos pecadoras del bosque, y a su clemencia nos remitimos, Ilustrísima, y aquí le traigo la calavera del cazador para que le eche una santiguada, que es un lengüaraz y un carbonario y además consanguíneo del purpurado Tarancón. ¡Que no me le dé con el báculo, Ilustrísima, que me lo desgracia! ■ L.

EFFECTIVAMENTE
EL PAÍS HA
CAMBIADO



¡PERO OJO!
EL PAISAJE ES
EL MISMO



NUESTRA POLÍTICA
HA DE SER PUES,
PAISAJÍSTICA

Y DE LA ESCUELA DE
SOROLLA A SER
POSIBLE.

